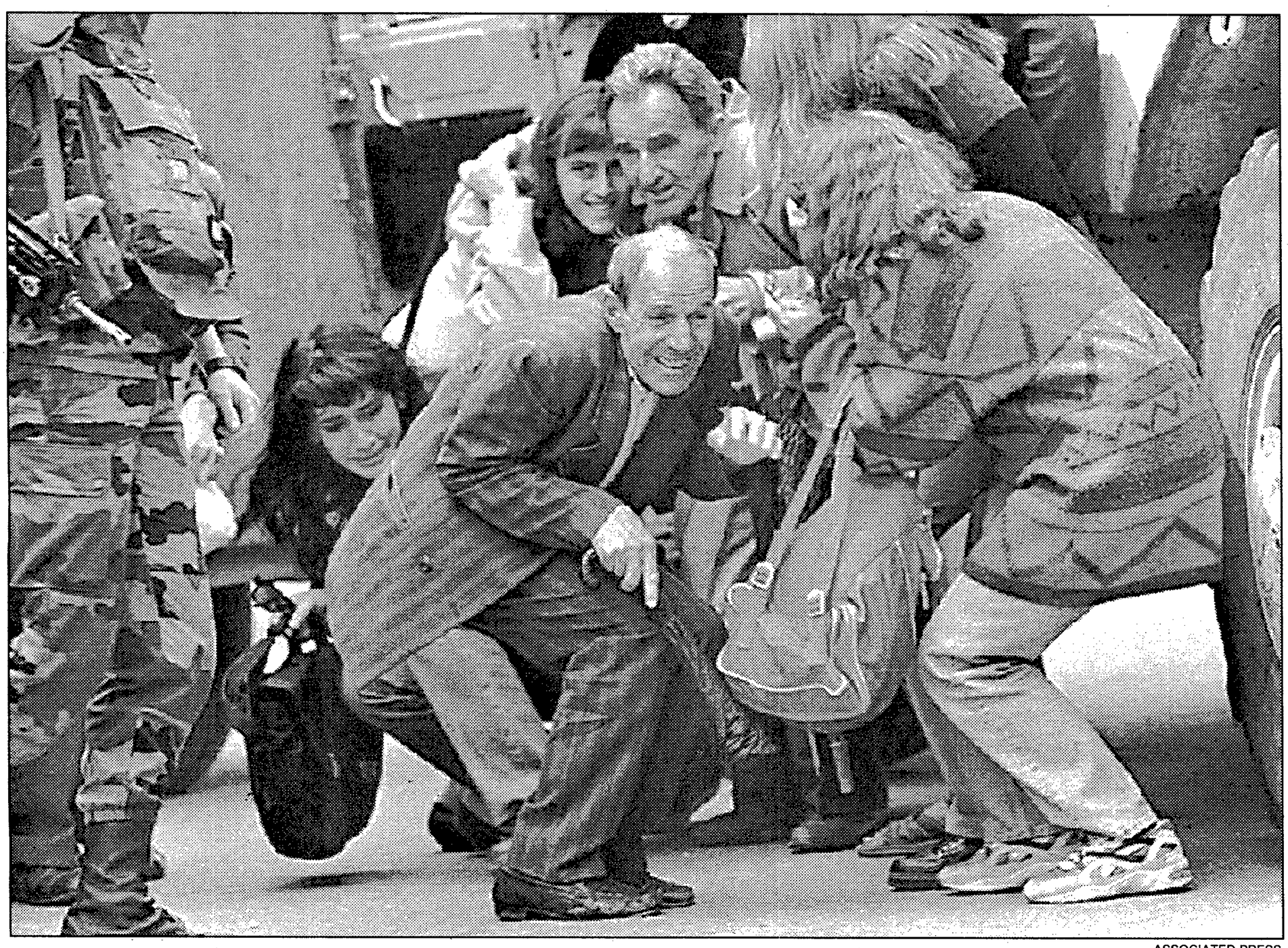

ASSOCIATED PRESS

Un grupo de ciudadanos de Sarajevo se refugia bajo un vehículo blindado francés con bandera de Naciones Unidas.

gote repeinado vende chocolatinas. Una tableta tiene el sello de España. Se llama presumida Bloc Oro, un sucedáneo. La misma marca que encontré en Grozni (Chechenia) en enero. La mermelada, color dudoso, se cambia por cuatro marcos.

La paz se quiebra brusca. Una granada de los de siempre aterriza con el rostro asesino sobre una cola del agua en Dobrinja, una barriada de Sarajevo a la que el destino le rifó desgracia. Siete muertos y 15 heridos. El pozo ante el que aguardaban pacientes turno se viste de sangre. Este domingo ya tiene nombre: el de la matanza del agua. A los artilleros serbios les gusta hacer diana en los bultos. Hubo mantanza de la cola del pan, del tacaco, en el mercado...

LUNES 19

Llega el milagro: se hace la luz

Un milagro depara dos horas de electricidad a las siete de la tarde. Es la segunda vez en tres semanas. Kadra Krnic, recién asomada a los 50, se afana por exprimir cada kilovatio. Pone una lavadora. Enciende todas las luces de la casa, como si temiera toparse con un rincón de sombras, calienta agua y plancha con un artilugio de profesional que deja las sábanas sin un arruga. Suad, su marido, juguetea con el mando a distancia de la televisión. Su *zapping* brinca del canal de Bosnia al de Serbia. Suad no trabaja. Es el encargado de buscar el agua. Repiquetean las alarmas en Sarajevo. A ellas también les ha llegado el soplo de la luz.

A las ocho de la tarde, los sitiadores rastrean los objetivos. A 200 metros del hotel Holliday Inn, símbolo del Sarajevo olímpico, aterriza una granada que estalla en el ático del número cuatro de la calle Antona Bauna. El arrebato de las llamas es visible desde varios kilómetros, Tres destartalados camiones rojos de la Profesionalna Vatrogasna Brigada (bomberos) acuden prestos al socorro. En una ciudad donde el agua se ordeña de bocanas, pozos o manantiales, el trabajo de un bombero parece un desafío. Los curiosos se agolpan en las ventanas. Vigas de madera carbonizadas caen desde un séptimo piso estallando en mil astillas incandesecentes.

"Ellos [los serbios] saben que vosotros [los periodistas] estáis aquí y pueden volver a disparar para hacer más daño", advierte una mujer de edad bien vestida. Otro hombre grande, con un anticuado polo de rayas, y que se niega a dar su nombre, protesta socarrón ante media docena de cámaras de televisión: "Perdonen ustedes a los *chetnicks* [radicales serbios] que les han interrumpido la cena". Y añade: "Cuenten todo esto a Chirac".

MARTES 20

Malvivir frente a la muerte

El temor de Samantha se le aparece espectral, de noche, a John Johns, fotógrafo de Sigma. Cerca de su casa, artilleros bosnios, cartabón y mapa en mano, se habían empleado generosos contra posiciones serbias. Una granada (la respuesta) le entró como una exhalación a través de la pared hasta su mismo dormitorio. El agujero, de medio metro, le quedó cerca de la cabeza. La granada no explotó. Expertos de la Armija se llevaron en parihuelas el artefacto defectuoso. A John Johns le volvió el color después de narrar su suerte no menos de veinte veces. "Es como si te hubiese tocado una lotería millonaria", le calmó Anja, una alemana de EPA. "Más, mucho más, me ha tocado vivir", replicó Johns.

Al hijo de Suad y Kadra, Elvir, le gusta la calle. A sus 18 años ya trabaja en la policía. Se cita con amigos y amigas para cotillerarse las aventuras del día y magrearse las ganas de vivir en cualquier rincón oscuro. La familia Krnic se levanta a las seis de la mañana. La madre, Kadra, calienta café turco en un trípode debajo del cual arde un algodón ."Primitiv", se disculpa encogiéndose de hombros.

Los Krnic, como la inmensa mayoría de los 370.000 habitantes de esta martirizada ciudad, se lavan en cuclillas en una bañera, rociándose el agua helada con una palanca de plástico. Hay líquido para cada una de las necesidades. La potable, para los dientes y la cara; la normal, para el cuerpo, y la de tercera, para empujar hondo el retrete.

Ahmela y Fahim son jóvenes. Viven juntos. Son musulmanes, pero no van a la mezquita. Ella recuerda con el horror prendido de sus ojos azules los meses del hambre en 1992. "La gente recogía hierba de la calle y hacía sopas con ella". Hoy amalgana unos marcos para comprar judías y arroz y una hogaza de pan. A las seis de la tarde suenan los disparos. Dos o tres morteros escupen cerca de la ventana de la pareja. "Ya están otra vez, ¿cuándo va a a terminar esta matanza", murmura ella.

MIÉRCOLES 21

Mar de tumbas junto a Karadzic

En la peluquería Muhamed Dedajic, en la calle Kosevo, 28, se corta el pelo al uno. "Así se lava mucho mejor", dice en un gesto circense. Son tres peluqueros, dos de ellos mujeres, y cinco butacones rojos ajados, con cabezal y reposapiés. La clientela acude más en busca de abrigo y de una charleta que de embellecimiento. Los más jóvenes se atusan el cabello antes de la matanza. Algunos se dejan una coleta en uno de los lados o un flequillo en recuerdo de lo que fue su melena.

Enfrente, en perpendicular, una hilera de casas de decrépito color verde pastel esconden tímidas su grave reliquia. En una de ellas vivió el doctor en psiquiatría Radovan Karadzic, el líder de los radicales serbios de Bosnia-Herzegovina. A la vista del negocio de Dedajic, se expande también uno de los huertos públicos de Sarajevo, un antiguo jardín. Allí, los vecinos han levantado diminutos altares, latifundios arados firmes con cucharas y tenedores. Ésa es, también, un área en la que los artilleros serbios practican su puntería. Más arriba, a los pies de las ventanas de lo que fue el hogar de Karadzic, se expande un mar de tumbas, es el cementerio del León. La mitad ya era depósito de ánimas. La otra mitad era un campo de fútbol invadido ahora por los huesos y las flores.

En la calle Kosevo vive de día un loco sin nombre que, tocado de unas telas blancas que imitan al *brahman* indio, se empeña en declamar su pena a cada transeúnte sin importarle, en apariciencia, su desdén. El loco de la calle Kosevo es inofensivo. Juega con el tráfico y con los niños. Al caer la tarde, cruza el túnel de Kosevo en un busca de un rincón, de un hogar.

La televisión bosnia, en estrictas manos del Gobierno, ha comenzado a informar de la ofensiva de la Armija. A Huso Hadzovic no le sorprende la retaíla de éxitos. "Ya dije que habían fracasado". Las posiciones más ventajosas de la colina de Debelo vuelven a manos serbias. Fatima sale del agujero. Fadil el torpe, regresa a la búsqueda de sus marcos, mientras que los serbios seleccionan a diario su cupo de muertos. Es, dicen, para mantener la tensión.

JUEVES 22

Niños inocentes en el horror

En el orfanato de Sarajevo hoy es fiesta. Tienen visita. Los niños se arremolinan, pillos, en torno al vistante. Afisa, de 15 años, regordeta, prueba suerte: "Soy muy buena, ¿por qué no me adoptas?". Son 40 niños y niñas, de un mes a 20 años, que comparten edificio y comida con las unidades de la Armija. Tienen agua y luz. "Es que somos prioridad", espeta orgulloso Safet, 17 años, todos ellos en el orfanato. Viste una camiseta verde en la que reza: "Ejército de España". Un regalo de uno de los militares españoles que viven en Sarajevo. En la habitación de los bebés no hay ruido. Fátima, 26 años, pelo negro, bata blanca, es una de las cuatro enfermeras que cuidan a los más pequeños. Son las tres de la tarde y todos duermen. Al fondo, pegado a un muro protector, está el más pequeño, que nació con dos dientes, pero que aún carece de nombre. El favorito de Fátima, Haris, de dos años, se despierta brusco. Cara de susto, ojos azules, grandes como dos lunas. Haris hace pucheros.

A la misma hora, enfrente del edificio de la televisión, en Alipasino Polje, una granada serbia revienta a unos metros de una casa de pisos vestigio feo de los años de socialismo autogestionario. Una niña de dos años, la edad de Haris, queda rota en el suelo en medio de un reguero de sangre. Rojo sobre gris. La cabeza está abierta, pero un soplo de vida le sostiene espantando a la muerte. Esta vez, el fino artillero serbio ha disparado contra una partida de ajedrez callejera. Un gran objetivo militar. La niña expira al llegar al hospital.

VIERNES 23

38 largos meses de desesperanza

Amanece nublado. Hace frío. Un día feo, impropio del verano. Los cañones están tan congelados como sus víctimas. Sarajevo se arrastra tiritando con ropa de calor pensando en otro invierno. El cuarto. La pesadilla continúa: no hay agua en las casas, ni luz, ni gas. La ayuda humanitaria entra con la venia de los sitiadores con un macabro cuentagotas, la Armija no avanza los kilómetros prometidos en la propaganda radiofónica y el mundo civilizado está paralizado.

La gente se dejó la paciencia en cada muerte. Ahora ya no sonríe amable. Estoica. Ahora increpa a los fotógrafos, a las cámaras de la televisión. Hartos ya de ser protagonistas de su propia tragedia. Amir, 38 años, lo explica: "Al principio pensamos que la guerra duraría unos meses; después, un año; más tarde, dos; ahora ya sabemos que ha pasado de tres, y tememos que esto sea interminable. Estamos desesperados".

Termina una semana. Empieza otra repleta de lunes. Nuevas tragedias. Muertos. Nombres para repicar en las lápidas. Son 38 largos meses. ¿Cuántos más serán necesarios?, pregunta Amir con la cara huesuda? Huso, en su Audi 80 azul sin cristal derecho, sabe la respuesta. "Nosotros no somos Europa para ustedes, somos simplemente un problema diplomático".